

Karl BARTH, *Introduzione alla teologia evangelica*, Edizioni Paoline, Milano 1990, 282 pp., 14 x 21, 7.

La colección «Clásicos del pensamiento Cristiano» ofrece en este volumen las lecciones que Karl Barth (1886-1968) impartió en el curso 1961-1962 en Basilea, curso con el que concluyó oficialmente su carrera. Es una obra breve en la que —dice su autor— se ha pretendido «presentar los objetivos que he intentado alcanzar, las cosas que he aprendido, las ideas que he sostenido en el campo de la teología evangélica» (p. 53).

La edición italiana del texto de Barth es precedida por un ensayo introductorio y una tabla cronológica, obras de Giampiero Bof, profesor de dogmática católica en el Instituto de Ciencias religiosas de Trento. En la introducción se realiza una biografía intelectual de Barth junto a una exposición del contenido de la obra editada. Bof tiene el acierto de ir presentando progresivamente al personaje y de subrayar sus tesis fundamentales, indicando al mismo tiempo los puntos de divergencia entre la teología de Barth y la católica.

En la misma línea de introducción al pensamiento de Barth, se incluye en este volumen la autobiografía que el teólogo suizo escribió como «Postscriptum» a una antología de estudios sobre Schleiermacher.

La estructura de la obra es muy clara. Tras una primera lección introductoria al curso, se ocupa del lugar de la teología, la existencia teológica, los riesgos de la teología y el trabajo teológico.

La teología es presentada como una ciencia peculiar, ciencia «modesta», ya que no crea sino que responde a la Palabra de Dios, y ciencia «libre», que es liberada por esa misma Palabra. Su objeto es «Dios en la historia de sus accio-

nes» (p. 60), «el Dios del Evangelio en su obra y su palabra» (p. 133). Mientras que en la «Dogmática Eclesial» —la obra fundamental del autor— se proponía una triple forma de esta Palabra de Dios (revelación, Biblia y predicación), en la obra que comentamos se distingue entre la Palabra de Dios por un lado y los testimonios de esta Palabra —primario, la Biblia, y secundario, la predicación— por otro.

Muchos aspectos de la teología dialéctica se encuentran matizados en esta obra. El Dios del Evangelio, se nos dice, «no puede ser constreñido a ser el 'Totalmente otro'» (p. 61). Sin embargo, Barth sigue acentuando la prioridad del objeto sobre el sujeto, de Dios sobre el hombre, de la fe sobre la razón. No es que Barth niegue la importancia de la razón en la teología, pero reclama un total sometimiento al objeto. Ello exige que la teología carezca de presupuestos. No requiere fundamentación filosófica ni antropológica. No puede estar sometida a las opiniones de los hombres —dice— sino sólo al Espíritu mismo (p. 105).

La teología está a la escucha de la Palabra. Si puede hablar de Dios es porque Dios mismo ha hablado de sí: «Cualquier pensamiento y palabra humana en relación con Dios pueden tener sólo el carácter de una *respuesta* a su Palabra: no pueden ser un pensamiento y una palabra *sobre* Dios, sino únicamente un pensamiento y una palabra humana *dirigida a Dios*, que es provocada, subsiguiente y correspondiente al pensamiento y la Palabra de Dios dirigida al hombre» (p. 30). En cuanto respuesta a la palabra, la teología ha de ser desarrollada de modo narrativo mejor que sistemático. Su función eclesial es la de vivir representativamente la fe de la comunidad en su carácter de *fides quaerens intellectum*.

Finalmente caben destacar las reflexiones de Barth en torno al teólogo. La teología no es, según el autor, una simple tarea teórica, sino que implica toda

la existencia del teólogo. El trabajo teológico es oración, relación con el Dios que interpela al hombre, y es también servicio, diaconía de la verdad.

El texto de la «Introducción a la teología evangélica» es de ágil lectura y de indudable interés. Es una obra de madurez de Barth, donde matiza muchas de sus posturas anteriores y expone de modo positivo su concepción de la teología. Será de gran ayuda para quien desee iniciarse en el pensamiento de uno de los mayores teólogos protestantes de este siglo. Por otra parte, la acertada introducción de Bof puede ayudar a leer esta obra con el necesario sentido crítico.

F. Conesa

Emile DURKHEIM, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Alianza Editorial, Madrid 1993, 696 pp., 11 x 18.

Con esta edición de bolsillo, Alianza Editorial pone al alcance del público de lengua castellana esta importante obra del sociólogo francés Emile Durkheim (1858-1917). Este autor, que es uno de los padres de la sociología religiosa moderna, elabora en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912) su teoría sobre el origen de la religión.

El libro constituye fundamentalmente un estudio sobre la religiosidad de una tribu de aborígenes australianos (los Arunta). Sobre la base de estas investigaciones históricas, Durkheim hace suya la tesis de Frazer, que ve en el totemismo la forma elemental de experiencia de lo sacro. El centro de las manifestaciones religiosas de los pueblos primitivos es siempre el tótem, es decir, un animal que es asumido como emblema del clan y que confiere a quien lo lleva un carácter sagrado.

En torno al tótem se desarrolla toda la vida religiosa de la tribu. La rela-

ción que se establece entre la comunidad tribal y el tótem es doble. Por un lado, es una relación cognoscitiva. El hombre religioso liga el tótem con ciertas creencias mediante representaciones míticas que expresan la naturaleza de lo sagrado. Pero el mito solo no basta. El espíritu religioso tiene necesidad de expresarse también en otra dirección. La relación entre el creyente y el tótem es también operativa y se expresa en múltiples acciones rituales. Surge así, junto a los mitos, el culto.

El carácter sacral del tótem —y esta es una de las tesis fundamentales del autor— no es sino un reflejo objetivo, concreto y tangible de un proceso de idealización y divinización que la sociedad realiza respecto a sí misma. Se verifica así una transferencia colectiva que encuentra en la tribu el sujeto y el objeto, su principio y su fin, su origen y meta, el agente primordial y el destinatario último.

En este sentido, afirma Durkheim que «la religión es algo eminentemente social». De hecho, «el dios del clan, el principio totémico, no puede ser otra cosa que el clan mismo, pero hipostasiado y representado en la imaginación bajo las especies sensibles del vegetal o el animal que sirve de tótem» (p. 342). Esto es posible porque «una sociedad posee todo aquello que se precisa para despertar en los espíritus, por la mera acción que ejerce sobre ellos, la sensación de lo divino, pues ella es para sus miembros lo que un dios para sus fieles».

Durkheim subraya que, en cuanto idealización del grupo social, la religión tiene determinadas dimensiones y funciones: tiene una función social positiva en cuanto ayuda a socializar; ejerce también una innegable función cohesiva. Por ello se puede definir la religión como «un sistema solidario de creencias y prácticas relativas a cosas sagradas, es decir, separadas, prohibidas, creencias y prácticas que